

Salvador Anaya

CUERPO, ALMA
Y ESPÍRITU

ENSAYO FILOSÓFICO



SENDEROS

© Salvador Anaya González
© Editorial Senderos (2020)

ISBN: 978-84-122414-2-6
DL: SE-1.285-2020

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio
DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS
C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7
41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

«La verdad deja de ser algo de lo que nos podamos apoderar,
para convertirse en un principio regulativo que plantea el co-
nocimiento como una empresa arriesgada y provisional, pero
no desesperada»

JUAN ARANA

«Dime, dime si de verdad crees en Dios como crees en el fue-
go cuando te quemas»

LOLE Y MANUEL

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	11
1. Motivaciones	11
2. La antropología naturalista y el problema de la conciencia	14
3. El ser de la conciencia	16
4. Nuestra idea de alma	20
5. ¿Qué entendemos por espíritu?	22
6. Metafísica clásica: el modelo triádico	28
 <i>CAPÍTULO I: EL CUERPO</i>	 35
1. ¿Qué es un organismo desde el punto de vista ontológico?	36
2. Biosemiótica	45
3. Información y conciencia	52
4. Memoria corporal	57
5. Percepción y emoción	61
6. Fenoménico y nouménico: la unidad psicofísica	66
7. El todo de la conciencia	72
8. El principio formal. Animismo y vitalismo	74
9. Desustancialización del alma aristotélica	81
 <i>CAPÍTULO II: LA CONCIENCIA</i>	 87
1. Los fenómenos mentales: ¿la mente inconsciente?	93
2. Conciencia sensorial y sí-mismo	99
3. Sí-mismo y autoconciencia.	102
4. Subjetividad, sujeto y conciencia	108
5. La fenomenología	113
5.1. Profundidad y espacio de representación	116
5.2. Autoconciencia: la conciencia psíquica	120
5.3. La conciencia pura: el reducto último	123
6. El yo trascendental. Kant	126
7. Edmund Husserl	128
7.1. <i>Epoje</i>	129
7.2. Reducción	132
7.3. El yo trascendental de Husserl	136

<i>CAPÍTULO III: EL ESPÍRITU</i>	141
1. Conciencia pura	142
2. Sentimiento puro	152
2.1. Vivencia del sentimiento puro	154
2.2. Angustia y esperanza	159
3. Conocimiento puro	163
4. El foco de atención mental: la voluntad pura	165
5. Memoria pura	167
6. La imaginación	171
7. La unicidad del espíritu	174
8. Los trascendentales: el Bien con mayúsculas	177
8.1. El bien de la vida	178
8.2. El bien del alma	182
8.3. Sentimiento del bien: la justicia	186
8.4. Sentimiento de misericordia	189
8.5. Sentimiento de esperanza	191
8.6. Sentimiento de belleza	191
8.7. Sentimiento de la verdad	193
 <i>CAPÍTULO IV: EL ALMA</i>	 199
1. El yo del alma	201
2. Las facultades del alma	207
3. Los valores del alma	212
4. La purificación del alma	218
5. La «vida» del alma más allá de la vida	225
5.1. El alma separada	226
5.2. El mundo del alma	229
 <i>CONCLUSIÓN</i>	 237
 <i>BIBLIOGRAFÍA</i>	 243

INTRODUCCIÓN

1. MOTIVACIONES

LA ciencia podría definirse como el conjunto de conocimientos objetivos verificables obtenidos a través de la observación y la experimentación. Un conocimiento fiable que ha aportado grandes mejoras a la humanidad pero insuficiente para responder las preguntas fundamentales porque, independientemente de quién se las plantee, pertenecen al dominio de la filosofía. Kant las resumió a tres: ¿qué puedo saber?, ¿qué puedo hacer? y ¿qué puedo esperar?, tres cuestiones que se subsumen en una fundamental: ¿qué es el ser humano?

Pero no son cuestiones meramente teóricas, porque necesitamos comprendernos a nosotros mismos para construir nuestra vida en consecuencia, por eso todos deberíamos de tener alguna idea, alguna respuesta aunque sea precaria y provisional, porque si no la intentamos contestar alguien lo hará por nosotros. Pero quién sabe las veleidades que hacen que unas personas se sientan arrebatadas por estas cuestiones y a otras les pasen desapercibidas y solo se enfrenten a ellas en determinados momentos críticos de su vida. Los motivos serán los que sean, lo que parece claro es que no se trata de mera teoría sino también, y quizá sobre todo, de sentimientos, y como dijo Pascal, el corazón tiene razones que la razón no entiende.

En mi caso los sentimientos más fuertes, profundos y comprometedores que había experimentado en mi juventud tenían que ver con determinados aspectos de la fe cristiana, en la que entonces todo hijo de vecino se educaba. Una vida poco cómoda y quizá más ajetreada de lo aconsejable no apagaron nunca mi interés por intentar racionalizar esos sentimientos. Créanme si escribo que, además de las del corazón, la vida me ha dado buenas razones para ser un convencido espiritualista, pero lo cierto es que desde siempre he tenido también

un profundo interés por las cuestiones fundamentales que atañen a la filosofía, que me empujaba a arrimarme a todo aquello que pudiera ayudarme a contestarlas.

Poco a poco fui construyendo mi propia «filosofía», una filosofía muy sincrética que aunque bebía de distintas fuentes siempre buscaba los puntos de convergencia. Pues bien, era el modelo triádico en el que han ido encajando mejor los datos que he ido recopilando, mis intuiciones teóricas, mis vivencias e inquietudes existenciales. Pero la vida da muchas vueltas y en una de ellas encontré la posibilidad de continuar mi aprendizaje en la Facultad de Filosofía de Sevilla.

Cuando comencé mi andadura universitaria rondaba los cuarenta años, lo cual podría ser un grave inconveniente porque, como se suele decir, no se puede llenar una taza que rebosa, pero por otra parte decía Platón precisamente que la filosofía debería ser un asunto a partir de los cuarenta, y quizá sea así, porque filosofías hay muchas y a veces los jóvenes se dejan menos llevar por los propios contenidos filosóficos que por el carisma y la cercanía de los profesores. Qué cierto y qué difícil es llevar a rajatabla que lo importante no es ni el quién ni el cómo se dicen, sino lo que dicen las palabras, por lo que le pediría al lector que siga este consejo tan sabio y lo aplique a lo que cuenta este libro, pues seguramente haya muchas maneras mejores de hacerlo.

Mi interés por el modelo triádico venía de más atrás pero lo descubrí filosóficamente gracias a José A. Antón Pacheco, profesor de historia de la filosofía y un gran conocedor de las culturas clásicas y orientales. Pero lo que me interesaba más de la filosofía eran las herramientas que me podía proporcionar para acrisolar mis creencias e intuiciones, por eso, y porque el discurso espiritualista más o menos me lo sabía, puse especial atención en aquellos que pensaban todo lo contrario. Creo que no hay forma más fértil de aprender que escuchando sinceramente y sin prejuicios a los que no piensan como tú, y, aunque siempre cuesta reconocer que uno está equivocado, es necesaria la suficiente dosis de humildad para desandar el camino.

Quizá porque las cosas no se ven como son sino según el cristal con que se miran, cuanto más escuchaba a los materialistas, que en la jerga filosófica actual se llaman naturalistas, más me fortalecía en mis convicciones. Es más, iba comprobando que algunas de sus críti-

cas contra el dualismo eran difíciles de rebatir; en cambio, eran perfectamente asumibles y compatibles con el modelo triádico que yo seguía. Y digo así porque en realidad tenía mi propia forma de interpretarlo, aunque conservando su esencia lo entendía de una forma un tanto peculiar que no coincidía exactamente con la de los autores que había estudiado ni tampoco con la manera que se suele entender en la actualidad.

Pero llega un momento en que uno tiene que pararse, hacer balance e intentar colocar las piezas sin forzarlas. El detonante fue una pequeña discusión que surgió al hilo de la publicación de *La conciencia inexplicada* de Juan Arana, quien desde una posición humanista defiende la singularidad de la conciencia humana utilizando un argumento negativo, el fracaso de la ciencia a la hora de explicarla por los medios de la ciencia natural. Pero Francisco Rodríguez Valls lamentó que su colega y amigo sostenga que la única explicación posible de la conciencia sería la naturalista, limitándose a unas coordenadas realistas y empiristas que no dan pábulo a cualquier otra alternativa.

Si por explicación entendemos dar cuenta de las causas que hacen posible un fenómeno, probablemente Arana tiene razón, pero Rodríguez Valls reivindicó que a falta de explicación se podría buscar una comprensión positiva de la conciencia alternativa a la naturalista en términos fenomenológicos o hermenéuticos. Esa fue la tarea que me propuse, pero, en realidad, por muy errónea, parcial y difusa que fuese, personalmente tenía mi propia idea de qué es la conciencia, una idea que cobraba sentido en el modelo triádico, de modo que he intentado comprobar la credibilidad que podía darle a la luz de los conocimientos actuales.

Este libro no es un intento de ilustrar la historia en la cual se vertebra el modelo triádico, ni las distintas transformaciones e interpretaciones fruto de diferentes motivaciones o sensibilidades, ni pretende ningún tipo de justificación doctrinal, ni tampoco plantea un modelo exegético alternativo: el propósito es intentar justificar que los postulados nucleares del modelo triádico pueden validarse a la luz de la ciencia actual, porque desde el punto de vista objetivo no vulneran ninguno de sus principios de verdad, y a nivel subjetivo son afines con

la experiencia directa que tiene el ser humano de sí mismo, pero también que es un modelo coherente y una alternativa antropológica válida que sirve para dar cuenta de todo lo humano.

Soy consciente de que ahora que ya no tienen cabida los metarrelatos, cuando la especialización ha parcelado el conocimiento o cuando las aspiraciones de completitud son monopolio de las ciencias, proponer un modelo antropológico alternativo parece una temeridad. Además, actualmente la antropología académica es mayoritariamente naturalista y aunque a nivel filosófico la antropología espiritualista o esencialista sigue viva, se concreta normalmente en el tradicional dualismo cuerpo-alma o bien como una síntesis integradora en una unidad sustancial psico-física, de modo que se mire como se mire navegamos a contracorriente y con más motivo si cabe si tenemos en cuenta que ni siquiera nos ajustaremos a las coordenadas más tradicionales del modelo triádico.

Es obvio que tal como se ha expuesto puede parecer una temeridad filosófica o una aventura imposible, pero todavía lo complicaremos aún más con dos asuntos: el primero es que nuestro hilo conductor y desde donde construiremos esta antropología es desde la conciencia, que no es precisamente el dato desde donde se suelen fundamentar las teorías sistemáticas sobre el ser humano. El segundo es que normalmente la antropología se construye desde abajo, en la naturalista es obvio, pero también en la espiritualista se suele entender el alma desde el cuerpo y al espíritu desde el alma y aquí lo intentaremos ver todo desde arriba, desde el espíritu. Así pues, lo primero es demostrarle al lector que no se trata de una temeridad y, para ello, es preciso aportar los suficientes argumentos que nos permitan superar estos posibles inconvenientes.

2. LA ANTROPOLOGÍA NATURALISTA Y EL PROBLEMA DE LA CONCIENCIA

En la actualidad la antropología académica es principalmente una antropología construida bajo el criterio de verdad que marcan las diferentes disciplinas científicas y aspira en última instancia a explicar